

—y cierto mando, cabe acotar—, concurrieron varios elementos: 1) La Guerra Civil obligó un exilio español que benefició grandemente a México; 2) El FCE y La Casa de España —poco después Colegio de México— acogieron en su seno a un considerable y selecto número de las mejores inteligencias españolas, que pronto recuperaron la dinámica de sus actividades; 3) La editorial y el centro de investigación y docencia fueron el crisol donde se fundieron y amalgamaron la sensibilidad, inteligencia y creatividad de los españoles y los mexicanos, cuyos frutos rápidamente cristalizaron en obras del espíritu y el saber; 4) El FCE encauzó hacia varios afluentes tan nutrida amalgama: junto a su colección editorial de economía creó otras nuevas: Filosofía, Historia, Sociología, Política y Derecho y, conforme pasaron los años cuarenta, se crearon Biblioteca Americana, Tierra Firme y Breviarios; 5) Ante el notable crecimiento en la producción editorial, el FCE abandonó el pequeñísimo local que arrendaba y se instaló en una vieja casona, suficiente como para albergar las oficinas administrativas, el recién creado y fundamental Departamento Técnico —con todo lo que este conllevaba de trabajadores y colaboradores externos: editores, correctores y traductores—, y la flamante Gráfica Panamericana —empresa de impresión casi subsidiaria. Consecuentemente, la casa editorial pasó a ocupar un lugar destacado dentro del ámbito mexicano e hispanoamericano, pues la Guerra Civil, la Segunda Guerra Mundial y sus secuelas, y la lentísima dinámica económica de los países hispanoamericanos, dejaron el mercado librero abandonado.

La identidad del Fondo de Cultura Económica como editorial adquirió su base y proyección más sólidas durante los años en que Daniel Cosío Villegas fue director (1937-1948); en ese período se dibujaron dos horizontes: el primero ampliaba la perspectiva cultural del FCE hacia una dimensión ecuménica, con una actitud humanística y con un afán continental perfectamente definido; el segundo consolidaba la editorial con criterios de empresa rentable y no como institución dependiente de subsidios directos. Entre ambos se tejía una compacta red de cualidades estrechamente vinculadas a su tiempo, en la que cada uno de sus hilos estaba atado con los demás (de aquí la imposibilidad de mostrarlos de manera individual, a riesgo de caer en descripciones esquemáticas como las precedentes). De hecho, lo esencialmente distintivo de una empresa editorial como el Fondo de Cultura Económica radica en que dichos hilos han sido desde siempre políticos, sociales, pedagógicos, económicos, históricos y morales. En suma, es una urdimbre cultural, en el sentido lato del término. Una urdimbre de esa naturaleza, consistencia y extensión, conduce la historia de la editorial hacia una dimensión en el tiempo que necesariamente rebasa los períodos de las diferentes administraciones y,

sobre todo, que la une a los actores y productos del quehacer cultural mexicano e hispanoamericano.

En este contexto no fue circunstancial la publicación del libro *Hacia un nuevo humanismo* (1940) de Samuel Ramos, en el cual se formulaba una serie de ideas que subyacían en la concepción y conducta de la editorial. Ramos hacía no sólo una síntesis del pensamiento filosófico del primer tercio de nuestro siglo sino, sobre todo, la formulación de un punto excepcionalmente importante, central, en el que se afirmaba que «no puede desconocer la ontología de la existencia humana el hecho de que el hombre es un 'animal político', un ser que vive en la sociedad», y en el que se reconocía, «aludiendo a otra realidad importante de la existencia humana», que «el hombre es un ser moral, es decir, un ser que se encuentra ante exigencias y deberes de un carácter ideal. La conciencia humana no es sólo conciencia de ser, sino también de 'deber ser', que es como puente que lleva al hombre del mundo de la realidad al mundo de los valores». Por esto la obra de Ramos se insertaba en la antropología filosófica, y aun en la ontología de la existencia humana.

Es decir, en el «nuevo humanismo» propuesto por Ramos, su «dirección es de abajo hacia arriba», porque tienen que alcanzar de nuevo su sitio los valores humanos que la reacción materialista había hecho bajar de él, para «la síntesis de los impulsos enemigos» en el hombre y «el restablecimiento de la armonía, primero en su ser individual y luego en su existencia histórica». Y la convicción más profunda que animaba la propuesta de este nuevo humanismo y la pugna por él, era la idea a la cual va vinculada la subsistencia o el suicidio de la filosofía: la «del poder de la razón, de las ideas, del espíritu; la convicción de su propio poder».

Ese «nuevo humanismo» concordaba con otras circunstancias igualmente delimitadas por la Segunda Guerra Mundial: la función del «intelectual» en la sociedad —como ilustran *Responsabilidad de la inteligencia* (1943) de Medina Echavarría y *El papel social del intelectual* (1944) de Znaniecki— y la conducción del Estado contemporáneo, el valor de las ideologías, el manejo de las economías y finanzas nacionales, y la función de los mercados internacionales, entre otros temas convergentes. Más aún, el «nuevo humanismo» formaba parte de un espíritu generacional, cuyos antecedentes directos estaban en los *Nuevos discursos a la Nación* de Antonio Caso —tan cercano a Cosío como a Ramos—, que se manifestaba no sólo en el FCE, sino en otros medios intelectuales, como ilustran la serie de discusiones y conferencias que sobre la Segunda Guerra Mundial se dieron en El Colegio de México —recogidas en los volúmenes denominados *Jornadas*— o las reflexiones que en *Cuadernos Americanos* (fundada en 1942 por Jesús Silva Herzog, miembro de la Junta de Gobierno del FCE—) se publicaban

sobre la función del intelectual hispanoamericano y el lugar de nuestro continente en el mundo, de ese mundo que se acomodaba en un «nuevo orden internacional».

Para decirlo en forma breve, el carácter humanístico y ecuménico de las obras publicadas por el FCE trazaba la parte política de su perfil editorial; se asumía una posición frontal, sin llegar a ser propiamente beligerante ni proselitista de partidismo o bandería política, ante los hechos que se vivían —como ilustra la colección Tierra Firme— y, en forma simultánea, se apelaba a la tradición mediante obras de suyo clásicas —como ejemplifica la Biblioteca Americana. Consecuentemente, este carácter cristalizaba en obras de incidencia cultural orientadas hacia la formación intelectual y técnica de la sociedad —aunque, a decir verdad, no de la sociedad en general, sino de los futuros pequeños grupos que encabezarían la conducción social—.

Esta visión ecuménica no estaría del todo delineada si no se refiere el ámbito hispanoamericano, pues como ya se indicó, desde la creación de la editorial ha sido uno de sus ejes. En los años cuarenta, Cosío Villegas indicó:

La falta de una acción político-gubernamental que encauce, vigorice y acelere la unión entre los pueblos hispanoamericanos sólo se remediará si puede despertarse en ellos una corriente de opinión pública que haga del logro de esa unión un objetivo indudable, necesario, permanente, de todos los gobiernos. Y en esta tarea, el intelectual puede tener un papel decisivo, y ciertamente la mayor de las responsabilidades: es profesor, periodista, a veces consejero o representante de los gobiernos, y, por sobre todas las cosas, es quien discurre y convence (...).

Desde principios de los años cuarenta y junto con *Cuadernos Americanos* —más expedita, versátil y beligerante en los menesteres de la penetración cultural—, el Fondo de Cultura Económica buscó el vínculo hispanoamericano a través del ejercicio intelectual. Como señala Cosío, el intelecto era indispensable para rescatar y fortalecer los cimientos y dar cuerpo al edificio de la cultura construido con una lengua común, y para superar los obstáculos aduanales, las reticencias gubernamentales y las limitaciones económicas de cada una de las naciones del continente. Más aún, mediante el vínculo intelectual se tendría acceso a una dimensión temporal y espacial tan distinta como necesaria para enfrentar a dos enemigos comunes a toda Hispanoamérica: el imperialismo de los Estados Unidos y el derrumbe europeo consecuente a la Segunda Guerra Mundial.

La consecución de la meta se realizó por el rescate de la tradición común a través de las obras por publicar en la Biblioteca Americana y por la construcción de una reflexión analítica sobre los problemas contemporáneos de las naciones o regiones del continente publicables en Tierra